

AL MARGEN DE UN LIBRO

("Nuevo Mundo," Madrid, 20 abril 1917).

# De los recuerdos de la vida de Cajal

Se ha publicado el tomo segundo de los *Recuerdos de mi vida*, de Ramón y Cajal. Lleva este tomo el subtítulo de «Historia de mi labor científica». Y nada más interesante que la historia de un descubrimiento científico. Para nosotros, más que el descubrimiento mismo, si éste pudiese separarse de su historia. Tales historias constituyen la lógica viva y no aquellas formalidades escolásticas de las reglas del silogismo: *terminus esto triplex*, etc., etc. Pocos libros enseñan más que las autobiografías de grandes investigadores y descubridores que son hombres á la vez de acción y de pensamiento, de pensamiento en acción. Y uno es Cajal. Y sin la historia de la creación científica, de la formación del pensamiento científico, la ciencia misma, ó sea el conjunto sistematizado de los conocimientos verdaderos, no alcanza su valor pleno humano.

En las «Dos palabras al lector», que abren este segundo tomo de los recuerdos de su vida, nos dice Cajal que en el primero describió «dos extravíos de una voluntad distraída y sobrado inclinada á los devaneos artístico-literarios». Y agrega: «Mientras que en el presente se da cuenta de cómo, á impulsos del sentimiento patriótico y de la triste convicción de nuestro atraso cultural, fué dicha voluntad disciplinada y orientada hacia la producción científica.» Que es artística también, añadiremos.

Creemos, por nuestra parte, que los que Cajal llama «extravíos de una voluntad distraída y sobrado inclinada á los devaneos artístico-literarios» fueron los que le llevaron á su labor de creación científica, al arte de la investigación. Arte que abrazó con tal entusiasmo imaginativo y sentimental, que alguna vez nos habla de «la luna de miel del microscopio». Aquellos devaneos no eran sino los esfuerzos por romper el hielo de la indiferencia pública.

A un maestro de escuela que para ponderarnos una vez la desatención y espíritu distraído de un muchacho nos decía que se ponía éste á seguir con la vista el vuelo de una mosca mientras él, el maestro, explicaba, le preguntamos: «¿Y sigue realmente con la mirada el vuelo de la mosca?»; y al contestarnos que sí, le dijimos: «Pues no es un desatento ni un distraído; á lo que no atiende es á la explicación de usted y de ella se distrae, pero atiende al vuelo de la mosca; ¿y no se ha preguntado usted, señor mío, si este vuelo no tiene más interés que cuanto usted explica y merece que se le atienda?»

Creemos que aquellos devaneos artístico-literarios de nuestro Cajal eran vuelos de su espíritu que buscaba escaparse de la manera como por entonces, en su juventud de voluntad distraída, se explicaba la ciencia en España.

El mismo nos habla de cómo le sorprendía «sobremanera la ausencia casi absoluta de curiosidad objetiva de nuestros profesores, los cuales se pasaban el tiempo hablándonos prolijamente — dice — de células sanas y enfermas, sin hacer el menor esfuerzo por conocer de vista á esos trascendentales y misteriosos protagonistas de la vida y del dolor». Y añade: «¿Qué digo!... ¡Muchos, quizá la mayoría de los profesores de aquellos tiempos menospreciaban el microscopio, juzgándolo hasta perjudicial para el progreso de la Biología!... A juicio de nuestros misoneístas del magisterio, las maravillosas descripciones de células y de parásitos invisibles constituían pura fantasía. Recuerdo que, por aquella época, cierto catedrático de Madrid, que jamás quiso asomarse al ocular de un instrumento amplificante, calificaba de *Anatomía celestial* á la Anatomía microscópica. La frase, que hizo fortuna, retrata bien el estado de espíritu de aquella generación de



D. SANTIAGO RAMON Y CAJAL  
Sabio histólogo







profesores.»

Por nuestra parte hemos conocido profesores de historia de la literatura española y de preceptiva literaria — antes llamada *retórica y poética* — que no habían leído casi á ningún escritor español de los que empezamos á escribir después de 1876, y sólo nos conocían por vagas referencias ó por tal ó cual escrito volandero y suelto, aunque á las veces ruidoso, pero sin valor de queda. Y alguno se jactaba de ello diciéndonos: «Yo no hago sino releer á mis clásicos; ¡para mí la literatura española acaba en la Revolución de Septiembre!» Y nos sorprendía sobremanera, como á Cajal, su ausencia casi absoluta de curiosidad objetiva y en el objeto mismo de su enseñanza profesional.

Aun hay más, y es que hemos podido observar que para no pocos de esos profesores de literatura y de preceptiva literaria, y no ya de los viejos, las preciadísimas obras de Menéndez y Pelayo, que deberían servirlos de acicate para asomarse por sí mismos al ocular crítico por donde se ve nuestra literatura, no les han servido sino como de remedio-vagos, de apoyo á su haraganería mental. Con repetir los juicios de Don Marcelino creen haber salido del paso. Y quiera Dios que las obras científicas de nuestro Cajal, de este fortísimo maestro de energía y de entusiasmo, no sirvan á

otros histólogos españoles para echarse á dormir y contentarse con ver en los dibujos de esas obras, trabajo personal no pocas veces del autor mismo, lo que deberían buscar ver con el microscopio! ¡Cuántas veces el que combate la rutina de ayer no está fraguando, sin pensarlo ni quererlo, la rutina de mañana! Y por esto la historia de los descubrimientos de Cajal nos interesa más que lo descubierto mismo.

Este tomo segundo de los recuerdos de la vida del maestro es un libro de magisterio y de maestría. Magisterio de energía y de fe y magisterio también de patriotismo. En este libro nos expone cómo surgió y se realizó el pensamiento, un poco quimérico, de fabricar *Histología española*, á despecho de la indiferencia cuando no de la hostilidad del medio intelectual. ¿Medio intelectual? Precisamente la principal labor de Cajal ha sido la de contribuir tanto como el que más á crear un medio intelectual científico en España, á fraguar aquí un ambiente científico. Ambiente que ni se crea ni siquiera se acrecienta y enriquece con sostener á todo trance la excelencia de la producción científica española en pasados siglos. Creemos que aquellas enconadas disputas de antaño sobre si hubo ó no verdadera ciencia española en poco ó en nada contribuyeron al renacimiento de ésta. Eran, además, por lo común disputas bibliográficas.

Decimos de este libro que es un libro de magisterio de patriotismo. Y es que Cajal es uno de nuestros más grandes y más sanos patriotas. Por patriotismo ha rehusado alguna vez que le hagan ministro, así como otros han aceptado tal cargo por falta de patriotismo, pues que se conocían nada preparados para él. Y no sabemos lo que hará la juventud intelectual española de hoy, á la que Cajal llama «la ponderada, equilibrada, circunspecta y financiera juventud intelectual».

Al hablamos de la ninguna emoción provocada en el mundo científico por el hallazgo de la maravillosa potencia reveladora de la reacción cro-







mo-argéntica del profesor italiano Golgi, hoy ya, como Cajal, famoso en el mundo científico, nos dice: «¿Cómo explicar tan extraña indiferencia? Hoy, que conozco bien la psicología de los sabios, hallo la cosa muy natural. En Francia, como en Alemania, y más en ésta que en aquella, reina una severa disciplina de escuela. Por respeto al maestro ningún discípulo suele emplear métodos de investigación que no se deban á aquél. En cuanto á los grandes investigadores, creeríanse deshonrados trabajando con métodos ajenos. Las dos grandes pasiones del hombre de ciencia son el orgullo y el patriotismo. Trabajan, sin duda, por amor á la verdad, pero laboran aún más en pro de su prestigio personal ó de la fama intelectual de su país. Soldado del espíritu, el investigador defiende á su patria con el microscopio, la balanza, la retorta ó el telescopio. Por donde, lejos de acoger con agrado y curiosidad la conquista realizada en extrañas tierras, la recibe receloso, como si le trajera grave humillación.»

Aunque luego nos habla de sabios «que, por honrosa excepción, sienten placer en realzar, con trabajos de confirmación y ampliación, el mérito forastero preterido ó ignorado».

Lo que ocurre es que en el ánimo del sabio se confunde el prestigio personal y el de su patria, ya que el patriotismo en su forma más rudimentaria é incipiente no es sino un egoísmo colectivo, una ambición colectiva, y otras veces una codicia colectiva. El sabio que sabe que con su prestigio personal realza el de su patria, sabe también que el prestigio de su patria realza el suyo personal y propio y le sirve como de pedestal. Al proclamar aquellos, ya para siempre famosos, 93 sabios y artistas alemanes en su histórico Manifiesto — que ha de quedar como documento de abyección y comprobación del dicho de Rousseau de que los sabios y los poderosos se corrompen mutuamente —, al proclamar ellos la identidad del militarismo alemán y la cultura alemana, sabían bien que su prestigio científico, artístico ó literario se basaba, si, en parte, en sus propios méritos; pero se basaba mucho más en el prestigio del poderío militar del Imperio, sabían que sobre cañones y amenazas se fundaba mucho de su prestigio.

Un español como Cajal, dado el escaso ó nulo prestigio de nuestra patria como nación fuerte y que quiere formar parte activa, y no neutra, de Europa, necesita para hacerse apreciar en su valor un esfuerzo mucho mayor que un Golgi, por ejemplo, que pertenece á la Italia de la tercera Roma.

¿Es que por esto hemos de predicar el que se trate de levantar á nuestros prestigios científicos dándoles un pedestal de cañones y de submarinos? De ningún modo. Son hombres como Cajal los que, al hacerse ese pedestal, se lo hacen á los compatriotas que imiten su conducta. Mas de esto otra vez.

Miguel de Unamuno

